



CUARTO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE curso 2023-2024

**“LAS LUCES DE
COLORES”**

**UNIVERSIDAD POPULAR
AULA DE LITERATURA
MAYO 2024**

ÍNDICE

EL CEPILLO DE LA RISA	José A. Secas	4
EL MISTERIO DE LOS CEPILLOS	Pilar Alcántara	5
HERMELINDA Y LA LUZ	Ángel Rodríguez García	6
QUERIDO DIARIO	Belén Gómez	7
HERMANAS	Isabel Casillas	8
UNA MELENA LLENA DE VIDA	Natividad Martín Ciudad	9
EL DESCUBRIMIENTO	Isabel González	10
HADA SIN VARITA	Juani García	11
ANUNCIADO EN TELEVISIÓN	J.C. Santa	12
PESADILLA	Matilde Santos	13
VISITA A LA PELUQUERÍA	Concha Ibáñez Montero	14
ESTO NO ES ELECTRICIDAD ESTÁTICA	Ángela Velasco Bello	15
SERIES DE FICCIÓN	José A. García Fera	16
ME ESTÁN LLAMANDO	Víctor M. Jiménez Andrada	17
DANZARINES EN LA OSCURIDAD	Pilar Ruiz Estévez	18
EL CEPILLO MÁGICO	Antonio Polo Márquez	19

EL CEPILLO DE LA RISA

Cada vez que Samantha pasaba el cepillo por su pelo, no solo aparecían luces extrañas, sino que su casa se transformaba en una pista de baile intergaláctica. Mientras las luces chisporroteaban como los mixtos perreros y las presencias inauditas bailaban a su alrededor, ella se encontraba en el centro de una fiesta interdimensional, con alienígenas, robots y criaturas de todo tipo y procedencia universal.

Resulta que el cepillo que había comprado en una tienda de antigüedades era en realidad un dispositivo extraterrestre diseñado para amplificar las ondas cerebrales y proyectar ilusiones sensoriales. Cada vez que lo usaba, su mente se conectaba con una red intergaláctica de fiestas cósmicas. Concretamente la red UPN (Universal Party Net, en inglés).

Al principio, Samantha pensaba que estaba perdiendo la razón, pero pronto descubrió que la realidad era mucho más loca de lo que jamás había imaginado. En tanto que disfrutaba de sus fiestas intergalácticas nocturnas, Samantha se dio cuenta de que había encontrado el cepillo perfecto para alegrar sus días y sus noches con un toque de locura cósmica. Y así, cada vez que necesitaba un poco de diversión, simplemente pasaba el cepillo por su pelo y se sumergía en un mundo de baile, música, experiencias y risas absurdamente intergalácticas.

Lo mejor de todo fue cuando comprobó que, además, el mango del cepillo se ajustaba perfectamente a las paredes de su vagina.

José A. Secas

EL MISTERIO DE LOS CEPILLOS

Antes de irse para siempre, la tía Andrea le había regalado una colección de cepillos de plata. Ana no sabía qué hacer con ellos ni cómo usarlos. Eran pesados y nada prácticos a la hora de cepillarse el pelo. Tras decidir que los guardaría, de recuerdo, en una preciosa caja floreada de cartón, optó por dejar uno en su cuarto de aseo, para probarlo. Así recordaría a su tía cuando lo utilizara.

Esa misma noche cepilló su melena con el plateado recuerdo, pero algo paralizó sus movimientos. En cuanto las cerdas, de auténtico jabalí, tocaron sus cabellos, una lluvia de luces de colores atravesó el cristal de la ventana. Pensando que eran los reflejos de algún juego de artificio, Ana no dio más importancia al asunto y continuó cepillándose, pero en cuanto las cerdas de jabalí tocaron, de nuevo, su pelo, las luces volvieron a aparecer salpicando con sus destellos la penumbra del cuarto.

En esos momentos, Ana ya estaba segura de que aquello tenía mucho que ver con el cepillo plateado de su tía. Lo miró fijamente y pudo comprobar que, en la punta de cada cerda, se dibujaban unos ojos diminutos que la miraban fijamente. Eran ojos de jabalí, lo sabía. Aquel artilugio estaba hechizado por el alma del animal que fue sacrificado para confeccionar el cepillo. Un gruñido salió desde el mango atravesando sus oídos. Ana, muy asustada, dejó caer al suelo aquel objeto maldito que se fue alejando como un ciempiés. Sin apenas aliento, corrió por el pasillo para buscar la caja donde guardaba el resto de la colección de cepillos. Quería comprobar que estaban todos allí, bien encerrados, pero sus sospechas se cumplieron: al abrir la caja, todos los cepillos habían desaparecido. Los fue encontrando, poco a poco, distribuidos por el resto de la casa, pero no pudo acceder a ellos. Cada uno de aquellos extraños objetos la miraba con sus cien ojos desde diferentes ángulos, mientras corrían a esconderse con sus patas provistas de ojos, cambiando de lugar. La chica creyó volverse loca de espanto. ¿Por qué le había dejado su tía semejante legado? No lo sabía. Al pasar por delante de un espejo, contempló su imagen: el pelo le crecía a intervalos irregulares, pero precisos, hasta alcanzar el suelo. Fue entonces cuando todos los cepillos se lanzaron a por ella.

La policía no pudo explicarse la escena del crimen.

Pilar Alcántara

HERMELIDA Y LA LUZ

En la penumbra de su cuarto, la princesa Hermelinda peinaba su cabello rubio. Del nácar de su peine se desprendían estrellitas fugaces, brillantes como luciérnagas azules, de las que iluminan las orillas de los ríos. Algunas de las estrellas que se desprendían del roce de su pelo duraban algún tiempo y su luz flotaba y se extendía a los rincones de su cuarto, entonces, Hermelinda, que miraba con atención las estelas luminosas, les preguntaba cosas que le causaban inquietud:

—Dime, estrellita, ¿con qué príncipe me casaré?— Y la estrellita le contestaba dibujando letras en el aire y la princesita, se quedaba tranquila.

Todos los días Hermelinda hacía las mismas preguntas sobre su casamiento, sobre la hija que tendría, sobre cuántos años reinaría en su magnífico palacio. Hasta que un día las estrellitas desaparecieron y, entonces, cuando Hermelinda terminaba sus preguntas, se quedaba muy triste, tanto que derramaba lágrimas que, en vez de caer al suelo, flotaban en el espacio y se iluminaban. Pensó que también a ellas podría hacerles preguntas y comenzó:

—Dime, lagrimitas ¿Con qué príncipe me casaré? Y las otras cosas sobre los hijos que tendría y el reinado que le esperaba. Pero al poco tiempo sus ojos se secaron y no derramaron más lágrimas. Una gran aflicción se apoderó de la princesita. Lloró sin lágrimas durante muchos días y noches, hasta que, de tanto sufrir y no obtener respuestas a sus preguntas, se levantó de su silla bordada de telas preciosas y joyas de todos los colores, arrojó el peine nacarado al suelo, abrió la puerta de su bellissimo aposento y salió a la luz, alzó la cabeza y el viento del mundo iluminó su pelo rubio, largo y ondulado, desplegándolo en todas direcciones.

Ángel Rodríguez García

QUERIDO DIARIO

Lunes, 15 de abril. Querido diario:

Mi vida es una mierda. Odio a mi madre. Mira que le he dicho que quiero el cepillo eléctrico de *Revlon*, el de *Revlon*, no otro, y va la muy imbécil y me compra el de marca blanca del Carrefour, porque dice que el de *Revlon* es carísimo.

Y se me pone el pelo de punta, lleno de brillos de colores, que parezco un marciano. Y dice la tía que no es para tanto, que casi no se nota. Y el idiota de mi padre, *en plan*, como siempre, le da la razón. El gilipollas de Quique no dice nada, pero me mira el pelo y se caga de risa. Menudo mimadito. A él sí que le compraron la Play para su comunión, no la del Carrefour, la de verdad, y eso era mucho más cara que el cepillo.

Le hablé a María y vino corriendo a casa, dice que le encanta como me queda el pelo, que me da un toque *en plan* Karol G, que queda muy chulo. No me fio, que como ella tiene la *Revlon*, lo que quiere es que se me note bien que yo no la tengo. No voy a parar hasta que la petarda de mi madre cambie el maldito cepillo.

Martes, 16 de abril. Querido diario:

Mi madre es lo peor, dice la pedorra que me tengo que aguantar, que llevo dando la lata desde Navidad y cuando me lo compra no me gusta; que me vaya con los pelos así o que me lo seque con el secador como siempre; claro, como ella se lo deja como sale de la ducha, *en plan* hecho una mierda, todo le da igual. Vaya vida de mierda.

Miércoles, 17 de abril. Querido diario:

Qué mierda de día. La idiota de mi madre me ha llevado a la peluquería con el cepillo eléctrico para que lo viera su peluquera porque dice que a lo mejor no lo sé usar, ni que yo fuera como el inútil de Quique. Me ha peinado ella y me ha quedado igual que en casa. Qué vergüenza me ha hecho pasar, todas las viejas diciendo *en plan* que estaba muy guapa con el pelo de colorines. Qué sabrán ellas si están hechas unas cacatúas. La odio, la odio y la odio. Y, encima, no me ha dejado lavarme el pelo porque dice que se ha gastado un dineral en la peluquería, pues que no me hubiera llevado, mañana en cuanto me levante me lavo la cabeza, yo así no voy al Insti.

Jueves, 18 de abril. Querido diario:

Hoy ha sido el mejor día de mi vida. Mi madre se ha dormido y hemos tenido que salir corriendo porque llegábamos tarde, así que no me ha dado tiempo y he tenido que ir al Instituto con el pelo lleno de lucecitas. Qué éxito. María dice que cuando me ha visto Carla casi se muere de envidia y Lucía no me ha quitado ojo en clase. Cuando me han preguntado *en plan* por el pelo no les he dicho nada no vaya a ser que se compren el mismo cepillo.

Lo mejor ha sido lo de Borja. ¡Me ha hablado! ¡Y me ha tocado el pelo! Soy superfeliz.

Viernes, 19 de abril. Querido diario:

Mi vida es una mierda. Mi madre ha cambiado el cepillo. La odio, la odio, la odio.

Belén Gómez

HERMANAS

Marisa no puede apartar la mirada del gran ventanal que hay en la habitación. Se ve reflejada en él, aunque no es consciente de ello. Es incapaz de percibir su rostro pálido y desencajado, con la boca abierta y su expresión temerosa y asustada. Son los destellos que surgen de su cabello, al cepillarlo una y otra vez, los que tienen atrapada su atención. Unas imaginarias y misteriosas luces de múltiples colores que emanan de su pelo y se esparcen por toda la sala vacía, sin muebles, llenándola al convertirse en personas. Puede ver a sus padres, sus abuelos, parientes y vecinos. Los siente a todos a sus espaldas y con un enorme esfuerzo gira el cuerpo para observarlos. Jadea asustada al percibir que se van acercando hasta rodearla. Tiene miedo, como siempre, a sus críticas, sus miradas de desaprobación, de rechazo y de condena. Lloriquea. Por supuesto, la figura de su hermana mayor destaca de entre todos. Continuamente ella, controlando su vida, actos, palabras, pensamientos...

—Es cierto— Su voz es un susurro apenas audible —Quería matarla, que se tomara aquella bebida que preparé con todos los barbitúricos de la caja. Pero no tuve valor para dárselo: soy cobarde. Constantemente ha dominado mi voluntad, despreciándome e ignorándome.

Toma aire con un profundo suspiro y confiesa con voz temblorosa:

—Entonces me tomé yo la poción; pero ahí estaba ella para evitar que me suicidara. ¡Hasta para morir necesito su permiso!

Cae al suelo de rodillas con las manos cubriendo su rostro.

Al otro lado de la ventana dos personas la contemplan sin comprender. El médico de la clínica psiquiátrica vuelve la mirada hacia la mujer que le acompaña y asiente cuando ella le dice:

—Mi hermana ha perdido el juicio. Debe quedar aquí ingresada.

Y se aleja taconeando con firmeza por el pasillo hacia la salida, sintiéndose liberada y con la certeza de que no volverá jamás a ese lugar.

Isabel Casillas

UNA MELENA LLENA DE VIDA

Lucía es dueña de una larga y abundante melena. Hace como cosa de un mes decidió dar a su pelo un look más atrevido, olvidarse de ese tono monocromático que venía arrastrando desde hace tiempo y adoptar una mezcla de tonos rojizos, azulados, y negros. Conseguir ese cambio no le resultó difícil, pero vino acompañado de algunos efectos no deseados. Es verdad que se encontraba, no solo más joven, sino incluso más guapa, pues aquella gama de colores le favorecía un montón. En fin, que todo habría podido resultar perfecto a no ser por algo que, desde aquel día, se originaba al cepillar su pelo.

Ignoraba Lucía que, llevada por su afán ecologista e inclinarse por la elección de tintes vegetales, esos polvitos, extraídos de hojas secas de plantas, quizás por un capricho del destino, pues es raro que ocurra eso, habían transportado como polizones unos diminutos seres que tenían su cobijo en aquellas hojas y que no se sabe muy bien cómo habían logrado sobrevivir a la pulverización, aunque, en verdad, sus energías habían quedado tan mermadas que solo un choque, un contacto intenso con otro objeto, por ejemplo un cepillo de pelo, era capaz de sacarles de su letargo, cargarles de vida y permitirles pavonearse de sus luces de colores; los hemáticos de su color rojo, los *indigóticos* del azul o negro; incluso algún nuevo color surgió como fruto del cruce más que amistoso entre ellos. Era tanta su alegría al sentir el roce del cepillo que, aunque fuera en un lenguaje que solo ellos entendían, osaban a utilizarlo sin mucha cautela. Todo este folklore, este despliegue de algarabía, se traspasaba al pelo de Lucía que también parecía cobrar esos mismos atributos, pero con una gran diferencia, a ella no le proporcionaban felicidad sino estrés y por ello estaba cada vez más decidida por un nuevo cambio de look, esta vez con un corte de pelo radical acompañado de la recuperación de su color natural. ¿Llegará esta decisión a conocimiento de sus inquilinos, con tiempo suficiente, para que sean capaces de sosegar un poco y evitar algo tan drástico para ellos?

Natividad Martín Ciudad

EL DESCUBRIMIENTO

Sara se despertó con una sensación extraña, se sentía inquieta y no sabía la causa. Se dirigió hacia el baño, y después de afeitarse, se dispuso a cepillar su larga melena, como hacía cada mañana. Cuando las cerdas del cepillo se deslizaron por el cabello para desenredarlo, comenzaron a salir chispas verdosas del mismo. Sara tiró el cepillo, desconcertada, y miró en derredor; las luces y el calefactor se habían encendido solos. Extrañada, se dirigió a la cocina, donde sonaban los motores de todos los electrodomésticos, funcionando a la vez. ¿Qué pasaba allí? Su capacidad de asombro aún no había llegado al límite. Percibió en el aire unas presencias casi transparentes, etéreas, como compuestas de agua o de gas denso. Sintió pavor. Su memoria la transportó a aquella extraña cueva, en la que nadie había puesto nunca un pie. Sara era espeleóloga y los últimos días se había dedicado a explorar una profunda y escondida sima que había encontrado por casualidad. Estaba llena de pasadizos y recovecos imposibles; un laberinto en el que se había perdido. En algunas ocasiones tuvo que proseguir arrastrándose y rozando su cabeza con el techo de piedra, que amenazaba con aplastarla. Allí percibió unas lucecitas, como luciérnagas, y pensó que se trataría de algún tipo de insecto. Cuando logró escapar, notó el pelo erizado y eléctrico. Fue una sensación muy desagradable. Y ahora esto. ¿Qué significaba?

La mente de Sara era un caldero hirviendo, donde bullían las hipótesis más estrafalarias: ¿Se trataba de una forma de vida, desconocida hasta ahora, que habitaba en las profundidades de la tierra? ¿Podían ser extraterrestres? ¿Quizás había liberado un virus desconocido y lo había transportado en su pelo sin querer? ¿Puede tratarse de una sustancia química que se transforma en el aire? ¿O simplemente había entrado en contacto con alguna droga en aquella cueva, que le producía alucinaciones?

A Sara se le ocurrió averiguar si en la calle también ocurrían cosas extrañas. Se asomó a la ventana, pero todo discurría con normalidad: el intenso tráfico de la hora punta, personas apresuradas que llevaban a sus hijos al colegio, o se dirigían al trabajo, farolas con sus bombillas apagadas. Todo en orden. Eso significaba que los sucesos extraordinarios se ceñían a su casa. Miró en derredor: las presencias habían desaparecido y todo había vuelto a ser normal. Decidió volver al baño, cogió el cepillo con miedo, esta vez usaría uno nuevo que aún no había estrenado, y se lo pasó con mucho cuidado, casi con mimo, por el pelo. Todo se repitió de igual manera: las chispas, las luces y los aparatos eléctricos que se encendían solos; las presencias, como espectros transparentes.

Entonces, una idea se abrió paso en su cerebro: ¿Y si se trataba de una nueva forma de energía, desconocida hasta ahora, pero con un enorme potencial? Supondría una revolución energética de proporciones gigantescas, una nueva etapa para la humanidad y para el planeta, porque puede que sea inagotable, y tampoco necesite de soportes materiales para su captación y distribución. Parece que simplemente se produce por frotamiento de la rara sustancia que impregna su pelo, y luego se expande por el aire, transmitiendo su energía a cualquier aparato o máquina que se encuentre en las proximidades. Apagada su euforia, nuevos interrogantes se desplegaron ante ella, y Sara pensó que había hecho un gran descubrimiento, pero ahora el trabajo y la investigación que tenía por delante era inmensa y le quedaba grande. Tendría que buscar ayuda si quería pasar a la historia como la pionera de una nueva era.

Isabel González

HADA SIN VARITA

Celia, como todas las niñas de su edad, era un poquito fantasiosa, le gustaba imaginar historias de princesas y hadas.

Todos los días, frente al espejo, se mesaba los cabellos con lentitud, recreándose con cada pasada de cepillo dejando volar su imaginación.

De pronto, una mañana, observó que al hacerlo salían chispitas de colores acompañadas de unos ruiditos como chisporroteos muy suaves. Con la boca abierta por la impresión se preguntó a qué se debería. Enseguida se ilusionó y pensó que podía ser su hada madrina que le estaba mandando una señal, siempre había oído decir que todos los niños y niñas tenían una. Corriendo fue a contárselo a su mamá.

—Mamá, mamá, ha venido mi hada madrina ¡Ya tengo hada! De verdad, he visto estrellitas de colores mientras me peinaba y me ha susurrado algo al oído, pero no he podido entender lo que me decía. Ahora podre pedirle todos los deseos que quiera. ¡Yupi!

La madre escuchó a su hija con ternura sin darle más importancia.

De la misma forma, Celia se lo contó a sus amigas y amigos que comenzaron a envidiarla. Y cada mañana se inventaba una nueva historia para contarles a sus compañeros y compañeras de colegio.

Así pasaron los años de una infancia feliz, convencida de que su hada velaba por ella, ya que nadie le sacó de su error.

Hasta que pasado un tiempo, en clase de ciencias, el profesor les explicó en qué consistía la electricidad estática.

Celia sonrió para sus adentros y, al escuchar la explicación, comprendió lo que había estado viendo en su niñez cuando se peinaba frente al espejo. No sin un hilo de nostalgia descubrió que, quizá, las hadas no existen.

Juani García

ANUNCIADO EN TELEVISIÓN

Vengo a este foro para presentar mi queja. Si prestan atención a lo que tengo que decirles, estoy convencido de que no cabe otra posición más que estar de acuerdo con mis planteamientos.

Vivimos en una era en la que los avances tecnológicos se suceden a una velocidad con la que ni siquiera soñábamos hace algunos años. Ahora, con la irrupción de la inteligencia artificial en el panorama científico, es posible ver los resultados de cualquier experimento antes incluso de llevarlo a la práctica. Pero no solo eso, sino que, además, las simulaciones están demostrando tener una fiabilidad cercana al 100%.

Hace muchos años que la humanidad pone satélites en órbita; es capaz de enviar naves tripuladas hasta la Luna y no tripuladas por todo el sistema solar; se realizan intervenciones quirúrgicas en las que paciente y cirujano están separados por miles de kilómetros; y otras muchas soluciones que me resultaría muy tedioso enumerar.

Pues bien, de todas estas soluciones tan avanzadas y novedosas, a las personas como yo solo nos ofrecen una: el I.C.Ho.; una solución poco viable, pues hay que estar pendiente de que no se agote la batería del dispositivo. En algunas ocasiones, incluso a mitad de carga notamos los inconvenientes: al cepillarte el pelo aparecen unas luces extrañas y las interferencias con los canales de radio y televisión hacen que percibas presencias a tu alrededor.

Con eso tenemos que conformarnos los calvos, con el I.C.Ho., Implante Capilar Holográfico. Es lo que hay.

J.C. Santa

PESADILLA

No recordaba nada y, sin embargo, sabía que esa noche había sido diferente. Se miró en el espejo. Tenía más ojeras de lo habitual. Hoy tendría que ocultarlas bajo el maquillaje. No le gustaba que sus compañeros empezaran a preguntarle si había dormido mal o había estado de juerga toda la noche. Qué manía la de todo el mundo con hacer conjeturas sobre los demás. De la agitación que sentía no quería ni preocuparse. Mejor no reparar en ella. Cuando se pasó el cepillo por el pelo, aparecieron unas luces extrañas, pero eso no fue todo. Sin querer aceptarlo, unas sombras blancas y brillantes la rodearon como si quisieran engullirla o arrastrarla hacia algún lugar. Cerró los ojos con fuerza y, al abrirlos, las luces se apagaron y las sombras desaparecieron. No contó nada a nadie. Bastante fama tenía ya de rara como para alimentar rumores. Y se olvidó del asunto. A la mañana siguiente se levantó mejor. Al pasarse el cepillo por el pelo, su inquietud se multiplicó por mil. Las luces extrañas reaparecieron y las presencias inauditas las acompañaron. Cerró de nuevo los ojos y los abrió todo lo rápido que pudo y luces y presencias se esfumaron. Tampoco dijo nada, pero esta vez ya no pudo olvidarse de lo que había pasado en todo el día. A la mañana siguiente se levantó nerviosa. No sabía si peinarse o no. Las luces la habían acompañado en sueños toda la noche, pero eran solo eso, sueños. Al final se decidió. Al pasarse el cepillo por el pelo, las luces y las presencias se obstinaron en presentarse. Como un resorte, cerró y abrió los ojos y las luces se desvanecieron. Estaba decidida. No podía continuar así. De camino al trabajo, entró en una perfumería y compró otro cepillo. A la mañana siguiente se enfrentó de nuevo al espejo. Arrastró el nuevo cepillo por su cabello. Lo único que desaparecieron fueron sus enredones. Ni rastro de luces ni de presencias. Tiró el cepillo viejo a la basura.

Mientras desayunaba en el café de enfrente, leyó una curiosa noticia. La terrible tormenta nocturna de hace unos días ha ocasionado una carga eléctrica nunca vista. Luces extrañas y presencias han acompañado a muchas personas desde entonces.

Quien desde fuera de la cafetería, la viera sonreír a través del cristal, jamás podría adivinar la causa de esa sonrisa.

Matilde Santos

VISITA A LA PELUQUERÍA

Marga fue el viernes a la peluquería. Suele ir cada mes y medio para cortar un poco las puntas y retocar el tinte y las mechas. Esta vez Rubén, su peluquero, le dijo que le iba a poner un producto nuevo y que le iba a quedar una melena maravillosa. Lo que sí fue maravilloso fue el masaje que le dio Rubén en la cabeza.

Marga salió con sus amigos. Todo el mundo tuvo algo que decirle sobre su nuevo aspecto y se sintió muy contenta.

Sin embargo, al día siguiente comenzó su periplo. Se levantó temprano y después de desayunar y hacer su cama fue a asearse. Como había ido a la peluquería no se lavó la cabeza, pero cuando empezó a peinarse vio reflejado en el espejo unas extrañas luces que parecían salir de sus cabellos. Se frotó los ojos. ¿Quizá el sueño le estaba pasando una mala jugada? No. Se acababa de duchar y estaba bien despierta. Las luces brillaban y cuanto más se cepillaba, más luces había.

Eso no habría sido un problema, pues le confería un aspecto agradable, pero a medida que aparecían las luces sentía como si alguien le masajeara la cabeza. Al cabo de unos minutos todo volvió a la normalidad.

Marga se lavó bien el pelo para quitar el rastro del nuevo producto, pero, a pesar de todo, cada vez que se cepillaba, le seguía sucediendo lo mismo. Unas veces las luces tenían unos tonos de color, otras veces tenían otros. Y las sensaciones podían ser desde masajes en la cabeza, en la zona cervical, o caricias en su rostro.

Estaba empezando a preocuparse seriamente y por eso fue de nuevo a la peluquería. Rubén no entendía nada. Había aplicado el mismo producto a todas sus clientas y nadie le había venido con una historia similar.

El día que comenzó a hacer calor, Marga encendió el aparato de aire acondicionado nuevo que le habían instalado en su salón. Al ponerse en funcionamiento su pelo se erizó y Marga chilló cuando se vio en un espejo con los cabellos todos en punta. Cogió un cepillo y comenzó a peinarse mientras luces de colores salían de su pelo hacia el aparto y sentía que unas manos le acariciaban suavemente, como despidiéndose.

Aunque volvió a la peluquería a por el mismo producto y enchufó más veces el aparato del aire nunca más volvió a sentir lo mismo.

La única explicación que le dio a su luminosa aventura fue que aquello solo significó la casualidad de la primera vez.

Concha Ibáñez Montero

ESTO NO ES ELECTRICIDAD ESTÁTICA

Está así desde que abrió el cuarto cerrado con llave. Se arrepiente de haberlo hecho. No había tocado esa puerta desde que alquiló el piso. Bien se lo dijo el arrendador, que no la abriera. Ella consintió porque no necesitaba el espacio y el alquiler era bajo.

Los pelos se le pusieron de punta y no han vuelto a su ser.

Deambula por la casa con los pelos hacia arriba como si hubiera metido los dedos en un enchufe y no sabe cuándo ni cómo volverá a su estado original. Parece una abubilla. Pasa el cepillo de cerdas en sentido contrario, quiero decir peinándolo hacia abajo, como lo ha hecho toda la vida, pero no le dura así ni cinco segundos. Inmediatamente, y como un resorte, el cabello vuelve a mirar hacia el techo, severamente puntiagudo. No lo puede barajar. Trata de serenarse para buscar una solución con más calma. Para ello se tumba en la cama, pero se da cuenta que da con la punta de su melena en el cabecero, por lo que opta por colocar la cabeza a los pies de la cama.

Durante unos minutos practica un método de relajación que conoce, respirando hondo y distendiendo cada miembro de su cuerpo parte por parte. Parece que ha funcionado. Ahora está algo más tranquila, pero, aun así, el pelo sigue en ese estado. Tampoco ha podido dormir desde entonces.

Rememora el momento en que por primera vez se vio con esas pintas, la primera vez que se miró al espejo y se vio con toda la melena peinada hacia arriba desafiando a la mismísima ley de la gravedad. En aquel instante lanzó un grito espontáneo, huracanado.

No puede estar de esa guisa por más tiempo. No ha podido ir al trabajo, ni siquiera salir a por el pan, por supuesto. Se ve encarcelada a la fuerza.

Maldita puerta. Y es que no pudo resistirlo, una fuerza que emanaba de la habitación la empujó a buscar una ganzúa y abrir. Y se lo encontró allí. La figura de su difunto marido apareció como a modo de espectro, blanquecino de arriba abajo, como si se tratara de papel vegetal, manchado de sangre por los hachazos que le asestó aquel día, en otro sitio lejos de allí. En ese momento se le erizaron los pelos y así siguen. Estaba igualito a como ella lo dejó, pero en espectro. Como ella lo dejó antes de descuartizarlo y deshacerse de los trozos de cuerpo. No le dio miedo aquel día y no le da miedo ahora, pero sí teme que su espectro se le presente día sí y día también. Lo mató para deshacerse de él, no para que esté todo el tiempo apareciéndosele. ¿Cómo se deshace una de un espectro? Buena pregunta.

Ángela Velasco Bello

SERIES DE FICCIÓN

El profesor de química se dirigía exultante, otra mañana más, a través del pasillo a su clase con los mayores de bachillerato. Era abrir la puerta, dar los buenos días y creaba una expectación extrema ante el alumnado que lo miraba boquiabierto. Su complexión causaba verdadero arrebató entre aquellos púberes rodeados de dudas y espinillas. Su colega de literatura, que era el más antiguo de todo el personal docente, al que le quedaban dos telediarios en el IES Santiago Apóstol antes de pasar a su jubilación, fue el que lo bautizó con el sobrenombre de *Sandokán* nada más llegar al centro; este, que era un auténtico guaja, al verlo recordó aquella serie de televisión en su juventud, basada en una obra de Emilio Salgari, donde este pirata era conocido como “Tigre de Malasia”.

Cada mañana *Sandokán* cepillaba su melena como en un acto sagrado y paciente, las púas de su cepillo ejercían como arietes que abrían su mente y entraba en una doble laxitud con su conciencia en calma y su pelo largo alisado y brillante que caía sobre sus hombros, era como si se hiciese la luz. Y en ese acto radicaba su éxito ante los demás. Hasta que un día, ese cepillado de toda la vida, no le llevaba a la calma acostumbrada, persistía en su vaivén y los picores no cesaban, tuvo una sospecha pero le duró poco tiempo porque allí estaban en su cuarto de baño esos seres —para él inauditos— casi invisibles pero reales. ¿Cómo pudo ocurrir?

No sin dolor se convenció, frente al espejo, que lo más práctico para eliminar a los piojos era raparse la cabeza, aunque eso suponía, al igual que *Sansón*, perder su fuerza; ya no sería aquel guayabo tan apetecible. Cuando volvió a las clases con su nuevo look le faltó tiempo al de literatura para recordar otro personaje de antaño y rebautizarlo como *Kojak*, aquel detective que no tenía ni un pelo de tonto —ni de listo, claro— con un chupa chups en la boca que combatía el crimen en las calles de Nueva York. Otra pillería de las suyas; pero para lo que le quedaba en el convento...

José A. García Feria

ME ESTÁN LLAMANDO

Después de varios meses de abstinencia, anoche se me fue la mano con la cerveza. Todo animaba a ello: la reunión de amigos, el ambiente de fiesta en las calles, la temperatura primaveral, la música en directo. Una cosa llevó a la otra y a las tres de la madrugada, no sé cómo, regresé a casa, después de tomar un último botellín al que me invitaron y que apuré sin entusiasmo, pero sin esfuerzo.

Esta mañana me he levantado con una resaca antigua. Ya no recordaba el famoso dolor de cabeza, ni el mareo, ni la boca encorchada, ni la pereza devorándome desde los pies. «Por estas cosas había dejado de beber», me he dicho con el tono severo e inútil de las reprimendas infantiles.

Pero lo peor ha sucedido cuando he tratado de asentarme con el cepillo los cuatro pelos de mi cabeza. Mi mala cara en el espejo se ha llenado de luces extrañas y os puedo asegurar que presencias inauditas me han rodeado, como una amenaza incierta y constante.

Me he preparado un café bien cargado, que casi me hace vomitar, y he pasado la mañana tumbado en el sofá sin hacer nada, abrigado por la inapetencia, y lo que es más grave, sin arrepentirme por ello.

La visión del cuarto de baño no ha dejado de acecharme, hasta que tras tomarme un gazpacho regenerador, fresquito y migado con pan, he caído en la cuenta.

Ahora estoy escribiendo, después de mucho tiempo en barbecho. El oficio, siempre el oficio, llama cuando menos lo espera uno.

Víctor M. Jiménez Andrada

DANZARINES EN LA OSCURIDAD

De niña siempre la llamaban *la sin peinar*. Las primeras veces lloraba y trataba de explicar a la ofensora, siempre era otra niña, que se había peinado una y otra vez, pero su pelo era así, grande, alborotado. Así fue creciendo, asumiendo que cada vez que conocía a alguna persona, o se movía en algún círculo nuevo, donde primero fijaban su mirada era en su cabeza, mejor dicho, en su pelo alborotado. Podría decir que ella era solo una silueta de la que sobresalía su melena alborotada, daba igual que llevara el traje más elegante o fuera desnuda, las miradas iban directas a su cabeza.

Julia creció escuchando en su casa y en el pueblo que los hijos de la señora Petra, que durante la noche, cuando hacían la trashumancia del ganado ovino de una comarca a otra, habían visto luces extrañas e incluso afirmaban haber visto sombras danzando entre los matorrales. En las noches estrelladas miraban al cielo temiendo que alguna de aquellas estrellas pudiera ser la madre de aquellas luces extrañas bajando a recoger a sus hijos caídos sobre la tierra. De tal manera afectó este misterio en su futuro, que decidió estudiar parapsicología y documentarse sobre fenómenos paranormales.

Aquella noche, con su tienda de acampada, la cámara infrarroja y los medidores de campos magnéticos que había conseguido en el departamento de fenómenos paranormales de la universidad, decidió acampar a unos cinco kilómetros del pueblo, en la zona donde sus vecinos situaban los hechos. Con su tienda montada esperó la llegada de la noche. Se sentía como un explorador buscando fragmentos de estrellas caídas. Las horas se sucedían sin que nada anormal sucediera, el único ruido que escuchaba era el zumbido de los insectos. Cansada de la espera decidió dormir acomodándose en su tienda. Antes de dormir, había adquirido la costumbre de cepillarse su alborotada melena para así rebajar el volumen de la misma. Cada vez que pasaba el cepillo por su pelo, aparecían unas luces extrañas y advertía presencias inauditas a su alrededor. Por un momento se quedó perpleja, ¿podía estar descubriendo el fenómeno paranormal contado de generación en generación y visto por los pastores? Al conectar la linterna, detectó que estaba rodeada de mosquitos que parecían haber anidado en su pelo y entonces descubrió que el misterio de las luces extrañas danzando entre los matorrales con tantos años de historia, no tenía nada de paranormal. Eran insectos productores de bioluminiscencia, cualidad que pueden usar para comunicarse o atraer a su pareja. Julia, no pudo por menos que echarse a reír, tan sonoramente, que sintió alrededor de la tienda otros tipos de animales más grandes que los insectos. Sintiéndose tan bien acompañada no pudo dormir y esperó la llegada del amanecer.

Pilar Ruiz Estévez

EL CEPILLO MÁGICO

No soy escritor, pero podría serlo. Nos parecemos en algo esencial: vivimos del cuento.

Yo soy capaz de inventarme palabras nuevas y regenerar el vocabulario. Por ejemplo, puedo convertir en sinónimos palabras que no lo son. ¿Creéis que urna y cepillo significan lo mismo? Para conseguirlo un escritor lo pondría por escrito, yo lo repito una y otra vez hasta hacerlo realidad.

Parto seleccionando el significado más adecuado de una palabra. En este caso, el significado de cepillo del pelo no me sirve. Y eso es independiente de que yo sea calvo, lo que me dignifica porque no tengo un pelo de tonto. En casos así, debemos pasar a otros significados de la palabra.

El cepillo también sirve para barrer. Yo os digo que lo uso para recoger. Con mi cepillo reúno muchas de las fantasías que tenéis los demás.

Pero el significado esencial de cepillo que se adecúa a mi actividad es otro. Reconozco que no soy religioso, pero presto atención a los símbolos que sirven para unir a los adeptos. El cepillo de la iglesia es una caja cerrada bajo llave, que permite transformar las esperanzas de los fieles en algo tangible como es el dinero.

La urna, aunque es transparente, también está cerrada para proteger su contenido. Al final es una forma esotérica de unir a las personas con solo una palabra escrita en el papel.

Me encanta el eslogan de esta campaña: “Danos tus sueños para hacerlos realidad”. Mi fotografía junto a una urna invita a depositar vuestra confianza en mí. ¿No es esa urna mi cepillo? Mi partido es vuestra religión.

Como te decía, un político como yo puede ser sinónimo de escritor. La diferencia es que cuento adaptaciones de la misma historia cada cuatro años, más o menos. Pero puedo llegar a ser un escritor verdadero en días como el de hoy, cuando decido escribir lo que pienso... o lo que quiero que te creas. Puede que el próximo día te enseñe cómo pueden ser sinónimos unidad e independencia.

Antonio Polo Márquez